

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE GÁLATAS

**La manera en que podemos
recibir, experimentar y disfrutar al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo:
la totalidad de la bendición del evangelio
completo de Dios, la cual lo abarca todo
(Mensaje 3)**

Lectura bíblica: Gá. 1:15-16; 2:20; 4:19; 3:14

- I. Gálatas revela que el plan de Dios, conforme a Su beneplácito, consiste en forjar a Cristo en nosotros; según Gálatas, el mayor de los males es desviar a las personas de Cristo—Ef. 1:5; Gá. 1:4-16; 2:20; 4:19; *Himnos*, #241.
- II. Gálatas presenta al Cristo quien, en Su humanidad, es la simiente triple mediante la cual Dios se imparte en los creyentes de Cristo, a fin de llevar a cabo Su economía—3:16; Gn. 3:15; Gá. 4:4; Lc. 8:5a, 11; Jn. 12:24:
 - A. Cristo es la simiente de la mujer y, como tal, es el Cristo encarnado, el Dios completo que llegó a ser un hombre perfecto al impartirse en la humanidad con el fin de destruir a Satanás y salvar del pecado y de la muerte a los que creen en Cristo—Gn. 3:15; Is. 7:14; Mt. 1:16, 20-21, 23; Gá. 4:4; Jn. 1:1, 14; He. 2:14; 1 Co. 15:53-57.
 - B. Cristo es la simiente de Abraham y, como tal, trae bendición a todas las familias de la tierra; la simiente única de Abraham, el postrer Adán, llegó a ser el Espíritu vivificante, quien es la bendición prometida a Abraham (o sea, la realidad de la buena tierra), con el fin de impartirse a Sí mismo en los creyentes de Cristo y hacer de ellos la simiente corporativa de Abraham—Gn. 12:2-3, 7; 17:7-8; Gá. 3:14, 16, 29; Jn. 14:17-20; 1 Co. 15:45; Jn. 12:24; Is. 53:10.
 - C. Cristo es la simiente de David y, como tal, es el Cristo resucitado, quien lleva a cabo la economía neotestamentaria de Dios a fin de que el Dios Triuno procesado se imparta

en los miembros de Su Cuerpo, con miras a que ellos lleguen a participar de Su reinado en Su resurrección en el reino eterno—2 S. 7:12-14a; Mt. 22:42-45; Ro. 1:3; Ap. 22:16; Hch. 2:30-31; Mt. 16:16-18; Ap. 20:4, 6:

1. El gran monte mencionado en Daniel 2:34-35, el cual representa el reino de Dios que llena toda la tierra, es la simiente triple en la humanidad, una entidad corporativa que incluye a todos los creyentes de Cristo—cfr. Mr. 4:26.
2. Por medio de Cristo, quien es la simiente triple en la humanidad, los enemigos son eliminados, la bendición llega a nosotros y entramos en el reino; ésta es la revelación que nos presenta la Biblia en su totalidad.

III. Gálatas revela la manera en que podemos recibir, experimentar y disfrutar al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo: la totalidad de la bendición del evangelio completo de Dios, la cual lo abarca todo—3:14:

- A. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como Espíritu vivificante y todo-inclusivo por revelación, o sea, al revelarnos Dios a Cristo en nuestro ser; vivimos la vida cristiana conforme al Cristo que hemos visto—1:16a; Ef. 1:17; Gn. 13:14-18; Ef. 3:8, 19.
- B. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al recibir a Cristo mediante el oír con fe—Gá. 3:2:
 1. La fe de los creyentes es el Cristo que entra en ellos y llega a ser su fe, haciendo así que su espíritu sea un espíritu de fe—He. 12:2a; Gá. 2:16; Ro. 3:22; 2 Co. 4:13.
 2. La fe proviene por el oír de la palabra—Ro. 10:17.
 3. La fe consiste en creer que Dios es y nosotros no; la fe siempre nos anula y nos revela a Cristo—He. 11:6; Gn. 5:24; Jn. 8:58; Gá. 2:20.
 4. Los creyentes son los miembros de la familia de la fe; la familia de la fe es aquélla que cree en Dios por medio de Su palabra—6:10.
- C. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al nacer según el Espíritu y al recibir al Espíritu del Hijo de Dios en nuestros corazones—4:29b, 6.

- D. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al revestirnos de Cristo mediante el bautismo, el cual nos introduce en Cristo—3:27.
- E. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al ser identificados con Él en Su muerte, de modo que ya no vivimos más nosotros, sino que es Él quien vive en nosotros, y la vida que ahora vivimos en la carne, la vivimos por la fe de Cristo—2:20:
 1. Ser identificados con Cristo significa ser un solo espíritu con Él, e incluso ser una sola entidad con Él—1 Co. 15:45; 6:17; Fil. 1:20-21a.
 2. Nos identificamos con Cristo en Su muerte para que ya no vivamos más nosotros, sino que Cristo sea quien viva en nosotros—Ro. 6:3-4; Gá. 2:20a.
 3. Llevamos tal vida en Cristo como nuestra fe; la fe genuina es Cristo mismo, quien se infunde en nosotros y llega a ser el aprecio que sentimos por Él, lo cual a su vez es una reacción al hecho de que hemos sido atraídos a Él—v. 20b; 2 Co. 5:14-15; He. 12:2a.
- F. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al vivir y andar por el Espíritu—Gá. 5:16, 25.
- G. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al permitir que Cristo sea formado en nosotros, lo cual va acompañado de dolores de parto—4:19:
 1. El que Cristo sea formado en nosotros depende de que seamos transformados; a medida que somos transformados y Él va siendo formado en nosotros, vamos siendo conformados a Su imagen—2 Co. 3:18; Ro. 8:29.
 2. El que Cristo sea formado en nosotros equivale a que las tres partes de nuestra alma (la mente, la parte emotiva y la voluntad) sean renovadas—12:2; 2 Co. 4:16.
- H. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al sembrar para el Espíritu, teniendo presente el deseo y el

propósito del Espíritu, a fin de realizar lo que el Espíritu desea— Gá. 6:7-8.

- I. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al gloriarnos en la cruz de Cristo y al vivir en la nueva creación—vs. 14-15.
- J. Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al disfrutar la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la cual está con nuestro espíritu—vs. 17-18.

MENSAJE TRES

**LA MANERA EN QUE PODEMOS RECIBIR, EXPERIMENTAR
Y DISFRUTAR AL CRISTO TODO-INCLUSIVO COMO
EL ESPÍRITU VIVIFICANTE Y TODO-INCLUSIVO:
LA TOTALIDAD DE LA BENDICIÓN
DEL EVANGELIO COMPLETO DE DIOS,
LA CUAL LO ABARCA TODO**

En el primer mensaje vimos cuál era el enfoque central, no sólo del libro de Gálatas, sino de toda la Biblia. En el segundo mensaje consideramos el tema del libro de Gálatas. En este mensaje, el tercero, procederemos a contemplar una visión panorámica de todo el libro de Gálatas. Podríamos afirmar, entonces, que examinaremos la totalidad del libro de Gálatas desde cierta distancia. Y en la tercera sección de este mensaje consideraremos diez aspectos con respecto a cómo recibir, experimentar y disfrutar a este Cristo todo-inclusivo. De hecho, muchos de estos diez aspectos serán abarcados y desarrollados en detalle en mensajes posteriores. Así pues, hoy procuraremos estudiar este libro como si estuviésemos “volando a unos treinta mil pies”, a fin de ver al Cristo todo-inclusivo que es el Espíritu todo-inclusivo y vivificante, a saber, la totalidad de la bendición que todo lo abarca, la bendición del evangelio completo de Dios.

Ciertamente, este mensaje constituye un cristal muy denso y de muchos quilates. La revelación que emana de cada uno de los temas que consideraremos es tan rica que puede ser abrumadora. Sin embargo, no debemos dejarnos arrastrar por nuestras emociones. Más bien, hemos de prestar atención a los pasajes de este mensaje que son cruciales y fundamentales, especialmente por causa de nuestros jóvenes y de los que recién se reúnen con nosotros. Para ello, nos apoyaremos en el bosquejo de este mensaje y en el ministerio del hermano Lee, pues sin su ayuda no podríamos desentrañar este cristal.

En Gálatas 3:14 dice: “Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”. Si el ministerio que corresponde al recobro del Señor no hubiese abordado este versículo, probablemente

la importancia del mismo habría pasado desapercibida para nosotros. Pero este versículo dice que, en Cristo Jesús, la bendición de Abraham ha llegado a nosotros y ahora recibimos la promesa del Espíritu mediante la fe.

El título de este mensaje es: “La manera en que podemos recibir, experimentar y disfrutar al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo: la totalidad de la bendición del evangelio completo de Dios, la cual lo abarca todo”. En primer lugar, este título nos habla del Cristo todo-inclusivo, y nos dice que este Cristo todo-inclusivo es el Espíritu vivificante y todo-inclusivo. Ciertamente se trata de un tema grandioso. Y esta Persona constituye la totalidad de algo. Cuando hablamos de la totalidad, nos referimos al conjunto total, un conglomerado completo, el cual está compuesto de muchas partes. Así, podríamos comparar al Cristo que es el Espíritu con un sabroso plato de comida al cual no le falta ingrediente alguno. Él es la totalidad de la bendición que todo lo abarca, la bendición que corresponde al evangelio completo. Estas son expresiones celestiales. Únicamente cuando contemplamos realidades inefables es que nos vemos obligados a crear esta clase de expresiones. Así pues, la expresión “la bendición que todo lo abarca” alude al hecho de que, en esta bendición, todo está incluido. Por ello, no necesitamos ninguna otra bendición; de hecho, no hay ninguna otra bendición. ¿Anhelan ser bendecidos?

Más aún, esta bendición no sólo es la bendición del evangelio, sino la bendición del evangelio completo de Dios. No debiéramos pensar que el evangelio es predicado por primera vez en el evangelio de Mateo; en realidad, el evangelio fue predicado por primera vez en Génesis. Inmediatamente después que el hombre cayó, Dios intervino trayendo el evangelio.

La bendición que Dios ha dispuesto para nosotros es el propio Cristo. No olvidemos lo que se nos enfatizó en los primeros dos mensajes, es decir, que este Cristo debe ocupar el lugar central en nuestra vida. Cristo es la totalidad de la Biblia completa. Cada página, cada frase y cada palabra de la Biblia es Cristo mismo. No deberíamos procurar encontrar otra cosa, sino a Cristo en la Palabra de Dios. En el Antiguo Testamento hay tipos, promesas y profecías, y en el Nuevo Testamento encontramos su cumplimiento, pero todo ello nos habla de Cristo.

**GÁLATAS REVELA QUE EL PLAN DE DIOS,
CONFORME A SU BENEPLÁCITO,
CONSISTE EN FORJAR A CRISTO EN NOSOTROS;
SEGÚN GÁLATAS, EL MAYOR DE LOS MALES
ES DESVIAR A LAS PERSONAS DE CRISTO**

Gálatas revela que el plan de Dios, conforme a Su beneplácito, consiste en forjar a Cristo en nosotros; según Gálatas, el mayor de los males es desviar a las personas de Cristo (Ef. 1:5; Gá. 1:4-16; 2:20; 4:19; *Himnos*, #241). El cristianismo, la religión, la cultura y muchas otras cosas son perjudiciales, pero no por el hecho de ser algo malo, pecaminoso o mundano. Sí, tal vez dichas cosas sean malignas por esas razones, pero, sobre todo, porque desvían a las personas de Cristo. Nada es más perjudicial que abandonar la fuente de aguas vivas (Jer. 2:13), permitiendo que algún ídolo reemplace a Dios en nuestros corazones. Que todos nosotros seamos librados de este mal. Tenemos que orar: “Señor, líbranos del mal”. Esto quiere decir que tenemos que volvernos única y exclusivamente a Cristo. Y precisamente eso es lo que estamos haciendo hoy.

La bendición de Abraham, a la que hace referencia Gálatas 3:14, la bendición del evangelio completo de Dios, es el Espíritu que nos había sido prometido. Al leer este versículo, debemos percatarnos de la relación que existe entre “la bendición de Abraham” y “la promesa del Espíritu”. Al juntar estas dos expresiones recibiremos mucha luz. De hecho, la bendición es el Espíritu prometido. Cuando la consumación de Cristo llega a nosotros, es decir, cuando Cristo como Espíritu vivificante viene a nosotros, es la bendición de Dios la que recibimos. Dios no tiene ninguna otra bendición para nosotros. La bendición genuina no consiste en un automóvil, ni en un buen trabajo, ni siquiera en una buena esposa. Únicamente Dios en Su consumación como Espíritu vivificante —y nada más— es nuestra bendición. Únicamente Dios es la bendición única reservada para el hombre en este universo.

**GÁLATAS PRESENTA AL CRISTO QUIEN, EN SU HUMANIDAD,
ES LA SIMIENTE TRIPLE MEDIANTE LA CUAL
DIOS SE IMPARTE EN LOS CREYENTES DE CRISTO,
A FIN DE LLEVAR A CABO SU ECONOMÍA**

Gálatas presenta al Cristo quien, en Su humanidad, es la simiente triple mediante la cual Dios se imparte en los creyentes de Cristo, a fin de llevar a cabo Su economía (3:16; Gn. 3:15; Gá. 4:4; Lc. 8:5a, 11; Jn. 12:24). Es necesario que comencemos a percibir quién es este Cristo,

qué es este Cristo, cuán rico es este Cristo, y el grado superlativo en que este Cristo lo abarca todo, lo incluye todo y lo comprende todo. Debemos verlo como la simiente triple en el linaje humano. Este aspecto merece ser considerado con gran detenimiento, pues es un asunto fundamental y básico. Después, los diez aspectos con respecto a cómo recibir esta simiente y disfrutarla serán presentados en mayor detalle en los mensajes posteriores.

El libro de Gálatas nos presenta a Cristo como la simiente triple. En Gálatas 3:16 dice: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice: ‘Y a los descendientes’, como si hablase de muchos, sino como de uno: ‘Y a tu descendencia’, la cual es Cristo”. Por ello, basándonos en los versículos 14 y 16 de Gálatas 3, podemos llegar a la conclusión de que la manera en que podemos conocer en detalle al Cristo todo-inclusivo y en que podemos comprender y hacer nuestra la bendición que todo lo abarca, es ver que Cristo es la descendencia o simiente. Esta simiente no es sencilla. Él es la simiente triple; pero aunque es triple, es una sola: Él es el Dios completo que se hizo un hombre perfecto y que llega a ser real para nosotros como el Espíritu, a fin de ser nuestra porción y nuestro deleite. La simiente triple es la simiente de la mujer, la simiente de Abraham y la simiente de David.

Cuanto más profundicemos en esta verdad, la verdad relativa a la simiente triple, mayor será nuestro aprecio por la misma. Esto prueba que la fe viene por el oír, el oír que genera en nosotros aprecio. Y cuanto más profundizamos en estos asuntos, valiéndonos para ello de los bosquejos y de los extractos de los libros que nos provee este ministerio —los cuales son la base de estos mensajes— más nos enamoraremos de esta simiente. Si hablásemos de esta simiente en las catedrales, probablemente nos expulsarían de las mismas. Tal vez la gente que se reúne en tales lugares prefiere hablar del niño Jesús. Pero en este mensaje no deseamos hablar del niño Jesús tal como se habla en aquellos lugares, sino que nuestro anhelo es hablar de la simiente triple del linaje humano. Tenemos que profundizar en esta verdad. Entonces, nuestros ojos se abrirán y no desearemos ninguna otra cosa que no sea el propio Cristo todo-inclusivo.

La simiente triple —la simiente de la mujer, la simiente de Abraham y la simiente de David— se halla corporificada en tres promesas de Dios. A fin de que quienes recientemente empezaron a reunirse con nosotros puedan apreciar debidamente este asunto, trazaré una línea que represente el período de aproximadamente seis mil años, lo cual

abarca el tiempo transcurrido desde la creación de Adán hasta nuestros días. Además de estos dos puntos, que marcan el inicio y el final de dicha línea de tiempo, podríamos identificar otros dos hitos, en función de los cuales podremos dividir la historia de la humanidad en tres secciones de unos dos mil años cada una; el primero de estos hitos (el punto que marca un tercio del tiempo transcurrido) representa a Abraham, y el segundo (el punto que marca dos tercios del tiempo transcurrido) representa a Cristo. Inmediatamente después que Adán cayó, Dios intervino con una promesa, la cual representa el primer evangelio que fue predicado al hombre. Este evangelio consistió en la promesa de la simiente de la mujer. En Génesis 3:15 dice: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. El primer evangelio que Dios predicó consistió en proclamar una maldición. Dios maldijo, no al hombre, sino al diablo. Así pues, el primer componente del evangelio es una maldición en contra del diablo.

Después que Dios predicó este breve mensaje evangelizador, el hombre continuó una caída gradual que, una etapa tras otra, lo llevó hasta el período en que surgió Babel. Para entonces, el hombre llegó a ser carne por completo y se encontraba sumido en absoluta rebelión contra Dios (Gn. 6:3, 5; 11:1-9). Cuando el hombre se encontraba en la etapa más profunda de la caída, Dios vino a él anunciándole el evangelio por segunda vez (12:1-3, 7). Dios verdaderamente sabe dar mensajes; Él esperó que transcurrieran dos mil años entre los dos mensajes. En esta ocasión, Él le predicó el evangelio a una persona llamada *Abram*. *Abram*, cuyo nombre fue cambiado posteriormente por el de *Abraham*, fue llamado a salir de Babel, es decir, a salir de las profundidades de la caída del hombre, a salir de ese lugar en el que imperaba la idolatría. La historia nos dice que cada uno de los ladrillos de la torre de Babel llevaba inscrito el nombre de algún ídolo. La torre entera constituía una gran estructura idólatra. Dios llamó a Abraham a salir de allí e ir a la buena tierra de Canaán, y después estableció un pacto con él. En Génesis 17:7-8 dice: “Y estableceré un pacto contigo y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: un pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti. Te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en que habitas, toda la tierra de Canaán, en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos”. En esta ocasión, Dios intervino para hacerle una promesa a Abraham. Y esta promesa se relacionaba con la simiente. La primera promesa

mencionada en Génesis 3:15 estaba relacionada con la simiente de la mujer; en este pasaje, Génesis 17:7-8, la promesa se relacionaba con la simiente de Abraham.

Cuatrocientos treinta años después de Abraham, la ley fue promulgada (Gá. 3:17). En los mensajes anteriores ya vimos el lugar que ocupa la ley, la posición que tiene y la función que desempeña. Ello no constituye una promesa, sino simplemente la promulgación de la ley. Sin embargo, poco tiempo después, el evangelio es anunciado por tercera vez. Esta vez, consistió en una promesa hecha a David en relación con la simiente de David (2 S. 7:12-14a).

Desde Adán hasta Abraham, transcurrieron unos dos mil años; desde Abraham hasta Cristo, transcurrieron otros dos mil años aproximadamente; y desde Cristo hasta nuestros días, han transcurrido otros dos mil años también. En el Antiguo Testamento, Dios no solamente le hizo al hombre las tres promesas anteriormente mencionadas, con lo cual le anunció el evangelio, sino que, además, en tiempos del profeta Isaías le reveló a dicho profeta lo que está consignado en Isaías 7:14: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”. Este versículo debe traernos a la memoria la promesa hecha en Génesis 3:15, pues se nos habla de una mujer que concibe un hijo sin la participación de un hombre. Esta es la simiente de la mujer. Esta profecía de Isaías es la reiteración y la confirmación de las promesas hechas por Dios en el pasado. Desde Adán hasta los tiempos de Isaías, transcurrieron tres mil trescientos años aproximadamente. Así pues, cuatro mil años después de la primera promesa, es decir, dos mil años después de la segunda promesa y poco más de mil quinientos años después de la tercera promesa, ¡la simiente finalmente vino! Ello constituyó el cumplimiento de todas las profecías concernientes a la simiente triple.

El cumplimiento de la promesa hecha en tiempos de Adán con respecto a la simiente de la mujer, se encuentra en Gálatas 4:4: “Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley”. Pablo sabía muy bien lo que estaba diciendo. Él no dijo simplemente que Dios envió a Su hijo nacido bajo la ley, sino que añadió la frase “nacido de mujer”. Evidentemente, Pablo estaba pensando en el evangelio de la simiente de la mujer.

El cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, es revelado en Gálatas 3:16: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a

su descendencia. No dice: ‘Y a los descendientes’, como si hablase de muchos, sino como de uno: ‘Y a tu descendencia’, la cual es Cristo”.

La promesa de la simiente de David se menciona en 2 Samuel 7:12-14a. Estrictamente hablando, el cumplimiento de esta promesa no aparece explícitamente en Gálatas, si bien se halla implícito en Gálatas 4:4; allí dice que Cristo nació de mujer, con lo cual se hace referencia a María, quien, a su vez, es descendiente de David. El cumplimiento respecto a la promesa de la simiente de David se halla explícitamente, y de forma maravillosa, en Mateo 22:42-45 y en Romanos 1:3. En Mateo 22:42, Jesús, la Simiente, pregunta: “¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David”. Esto nos muestra que Cristo es la simiente de David. Luego, en Romanos 1:3 dice: “Acerca de Su Hijo, que era del linaje de David según la carne”. Reiteramos, pues, que Cristo es el Hijo de David, es decir, la simiente de David.

Mateo 1 menciona las tres simientes. El primer versículo dice: “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham”. El hijo de David es la simiente de David, y el hijo de Abraham es la simiente de Abraham. Y el versículo 16 dice: “Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, quien es llamado el Cristo”. En este versículo, la frase “de la cual” nos indica que Jesús no nació del marido de María, sino de María, la mujer, una virgen. Esto es maravilloso. ¿Quién otro podría haber realizado tal cosa? Ciertamente Dios hace las cosas de manera muy distinta a como solemos proceder nosotros. Después que Adán cayó, nosotros habríamos dicho: “Maldigo al diablo y ordeno que sea echado fuera. Adán, ahora eres salvo”. De ser así, la Biblia sólo tendría tres capítulos. Sin embargo, en Su infinita sabiduría y conforme a Su soberanía, Dios tenía Su propia manera de salvar al hombre y llevar a cabo Su economía divina. La manera en que Él realizó esto fue mediante la simiente, y ello requería de unos cuatro mil años, los cuales transcurrieron desde la creación de Adán hasta que vino Cristo. Queridos jóvenes, no deben abrigar la expectativa de que Dios actuará rápidamente. Ni siquiera deben tener la expectativa de que la presencia de Dios ha de ser siempre evidente, pues nuestro Dios es un Dios que se esconde. Sin embargo, tampoco debemos pensar que cuando Él se esconde, no está haciendo nada. En realidad, Él es muy paciente y realizará Su labor en Su tiempo.

Debido a que Cristo es esta simiente única, la simiente triple, Él es el Heredero que hereda todas las promesas. Las promesas hechas a Adán, a Abraham y a David, son heredadas no por Abel, Isaac ni

Salomón, sino por Cristo, quien es la única simiente. ¡Esto es maravilloso! El Dios Triuno se hizo hombre y, como tal, es la simiente humana de tres personas: la mujer (María), Abraham y David. No obstante, si bien pertenece al linaje humano, es decir, es producto de estos seres humanos, este Heredero es también el propio Dios Triuno. ¡Esto es algo misterioso y maravilloso!

El hermano Lee tiene algunas expresiones muy particulares concernientes a la simiente triple. En el libro *The Central Line of the Divine Revelation* [La línea central de la revelación divina], él dice: “Toda la Biblia es un relato sobre Cristo como la simiente triple en el linaje humano, la cual se hizo el Espíritu vivificante, la consumación del Dios Triuno procesado y consumado, quien nos es dado como nuestra porción” (pág. 105). En la página 149 del mismo libro, él dice: “Ciertamente, el tema relativo a Cristo como la simiente triple en el linaje humano es un tema de gran importancia en la Biblia. El Dios Triuno, el Dios completo, creó al hombre y luego, conforme a Su propósito, nació del hombre que cayó, a fin de llegar a ser la simiente triple”. ¡Es maravilloso que ahora nosotros podamos escuchar estas palabras y conocer semejante verdad! En la próxima página, el hermano Lee continúa diciendo: “Casi todas las páginas de los sesenta y seis libros de la Biblia hablan sobre la simiente triple en el linaje humano” (pág. 150). Siempre que leamos la Biblia, debemos tener en cuenta una de estas tres simientes.

¡Qué revelación! Quiera el Señor quitar las escamas de nuestros ojos y que nosotros abandonemos nuestros propios conceptos, volvamos nuestro corazón a Él y toquemos el espíritu, a fin de que veamos como nunca antes esta simiente triple. El hermano Lee dio en 1991 los mensajes contenidos en el libro *The Central Line of the Divine Revelation*, pero me temo que hayamos estado “durmiendo” cuando él impartió tales mensajes. Es probable que todavía no hayamos comprendido claramente estos asuntos. Tenemos que ver esta simiente triple para comprender qué clase de Cristo poseemos hoy y qué clase de Cristo es el que Dios nos imparte a fin de hacer que se mezcle con nosotros. Él es la única simiente y todas las promesas de Dios son hechas en función de Él y para Él. Usted y yo podemos ser partícipes de estas maravillosas promesas sólo al ser uno con esta simiente, al unirnos y mezclarnos con esta simiente e incorporarnos a ella, hasta el punto en que llegamos a ser esta simiente. Llegará el día en que

nosotros llegaremos a ser la triple simiente corporativa en el linaje humano. Y esta entidad será la Nueva Jerusalén.

La simiente de la mujer, la simiente de Abraham y la simiente de David, conforman la preciosa simiente triple en el linaje humano. Hoy en día, esta preciosa simiente no está lejos de nosotros, pues dicha simiente está en nosotros y se ha mezclado con nosotros. Él está en nuestro espíritu como el Espíritu procesado, consumado, todo-inclusivo, vivificante, compuesto y que mora en nosotros, y es este maravilloso Espíritu quien constituye la bendición que Dios nos imparte. Nos equivocamos rotundamente si decimos que no necesitamos revelación. Hoy, yo amo al Señor mucho más que antes debido a que he visto que Él es la simiente triple. Tengo esto en muy alta estima y, por ello, ahora estoy lleno de fe. No sé de dónde vino la fe; simplemente surgió en mí al conocer a Cristo como la simiente. Ahora, debido a que le conozco como la simiente, no deseo nada más. No se trata de que todo lo demás sea malo, sino que todo lo demás es irrelevante. Únicamente esta simiente lo es todo para Dios y para nosotros. En esto consiste el evangelio. Es hora de que salgamos y prediquemos el evangelio de la simiente. ¡Jóvenes, id y predicad este evangelio! Al hacerlo, estarán esparciendo la simiente triple, y las semillas que así arrojen serán como bombas de tiempo. Aún si para ello se requiere de otros dos mil años, estas semillas “explorarán” a su tiempo. ¡Esto se hará realidad y ya se ha hecho realidad! ¡Alabado sea el Señor!

**Cristo es la simiente de la mujer y, como tal,
es el Cristo encarnado, el Dios completo que llegó a ser
un hombre perfecto al impartirse en la humanidad
con el fin de destruir a Satanás y salvar del pecado
y de la muerte a los que creen en Cristo**

Cristo es la simiente de la mujer y, como tal, es el Cristo encarnado, el Dios completo que llegó a ser un hombre perfecto al impartirse en la humanidad con el fin de destruir a Satanás y salvar del pecado y de la muerte a los que creen en Cristo (Gn. 3:15; Is. 7:14; Mt. 1:16, 20-21, 23; Gá. 4:4; Jn. 1:1, 14; He. 2:14; 1 Co. 15:53-57). Quizás ya estemos acostumbrados a oír expresiones como éstas, pero debemos masticarlas nuevamente. Cristo se imparte en la humanidad con un determinado motivo, una meta y un propósito.

La simiente de la mujer logró cuatro cosas en el sentido negativo. En primer lugar, destruyó al diablo (He. 2:14). Tal como lo dijimos

anteriormente, la primera vez que se predicó el evangelio, este consistió en la proclamación de una maldición en contra del diablo. Hoy, son muchos los que son movidos a predicar el evangelio diciendo: “Si recibes a Jesús, irás al cielo”. Nosotros, en cambio, debemos decir: “Si recibes a Jesús, Satanás será aniquilado. Tú serás bendecido, y Satanás será maldecido”. Deseamos decirle personalmente a Satanás: “Satanás, tú fuiste destruido por la simiente de la mujer. Si se te olvidó, nosotros estamos aquí para recordártelo”.

En segundo lugar, Cristo, como simiente de la mujer, quitó el pecado del mundo. ¡Esto es maravilloso! Él no solamente nos lavó del pecado, sino que quitó el pecado. Juan 1:29 dice que el Cordero de Dios quita el pecado del mundo. ¿Dónde está el pecado? Ha sido quitado. ¿Y dónde está el diablo? Ha sido destruido, aniquilado y exterminado.

En tercer lugar, Cristo anuló la muerte (2 Ti. 1:10). La muerte es el último enemigo y ha sido anulado completamente por la simiente de la mujer. Ahora ya no hay muerte. La muerte ha sido exterminada. Al haber sido arrojada al lago de fuego, la muerte fue exterminada para siempre. Esto fue logrado mediante la simiente de la mujer. ¡Aleluya! ¡Él aniquiló a Satanás, el pecado y la muerte!

En cuarto lugar, Cristo, como simiente de la mujer, puso fin a nuestro viejo hombre (Ro. 6:6). Nuestro viejo hombre constituye un gran problema, pero Cristo le ha puesto fin. La primera simiente, la simiente de la mujer, destruyó a Satanás y nos salvó del pecado, la muerte e incluso de nuestro viejo hombre. ¡Cuán gloriosa es esta simiente! ¡Amamos a esta simiente! Anhelamos ser llenos de esta simiente y dejar que crezca y se extienda en nosotros, a fin de poner fin a estas cuatro plagas terribles.

Cristo es la simiente de Abraham y, como tal, trae bendición a todas las familias de la tierra; la simiente única de Abraham, el postrer Adán, llegó a ser el Espíritu vivificante, quien es la bendición prometida a Abraham (o sea, la realidad de la buena tierra), con el fin de impartirse a Sí mismo en los creyentes de Cristo y hacer de ellos la simiente corporativa de Abraham

Cristo es la simiente de Abraham y, como tal, trae bendición a todas las familias de la tierra; la simiente única de Abraham, el postrer Adán, llegó a ser el Espíritu vivificante, quien es la bendición prometida a Abraham (o sea, la realidad de la buena tierra), con el fin de impartirse a Sí mismo en los creyentes de Cristo y hacer de ellos la

simiente corporativa de Abraham (Gn. 12:2-3, 7; 17:7-8; Gá. 3:14, 16, 29; Jn. 14:17-20; 1 Co. 15:45b; Jn. 12:24; Is. 53:10). Llegar a ser la simiente corporativa de Abraham equivale a convertirnos en herederos de la maravillosa buena tierra con todas sus riquezas. El que Cristo sea la simiente de la mujer tiene que ver, fundamentalmente, con Su encarnación; pero el hecho de que Él sea la segunda simiente, la simiente de Abraham, se refiere a Su resurrección.

La bendición de Dios otorgada a Abraham incluyó la tierra de su peregrinaje. Hoy, la realidad de la buena tierra, la cual es la bendición dada a Abraham, es el Espíritu vivificante del Cristo todo-inclusivo. El coro de *Himnos*, #254 dice: “¡Las riquezas! ¡Las riquezas! / Que mi Salvador me da, / Incontable es su medida, / Mas mi plena realidad”. A finales de la década de los cincuenta e inicios de la década del sesenta, el hermano Lee comenzó a enumerar todos los aspectos de Cristo revelados en la Biblia. A la postre, él tuvo que exclamar: “¡Oh, las riquezas inescrutables de Cristo!” (Ef. 3:8). Y justamente fue en dichos años que este himno fue escrito por él. ¡Oh, cuánto necesitamos ver esta buena tierra!

Dios le prometió a Abraham una simiente que habría de convertirse en bendición para el mundo entero. Tal simiente es el Dios-hombre. Él es Dios mismo que se imparte en el hombre para que éste le experimente y disfrute como la bendición. La buena tierra dada por Dios es Él mismo, el Dios Triuno hecho hombre que llegó a ser el Espíritu consumado y vivificante, a quien ahora nosotros podemos experimentar y disfrutar y del cual somos partícipes. Ciertamente, esta es la bendición única. ¿Anhelamos alguna otra bendición? Los demás pueden intercambiar regalos, pero nosotros no necesitamos esa clase de regalos. Nosotros simplemente anhelamos *el* regalo, el cual es *la* bendición. Esta bendición, la bendición única, es Dios mismo.

En el libro *The Central Line of the Divine Revelation*, el hermano Lee menciona ocho aspectos de la bendición relacionada con el Cristo que es la simiente de Abraham: el postrer Adán, el Dios-hombre, el Espíritu vivificante, el Espíritu de Cristo, el Espíritu consumado que mora en los creyentes, el Espíritu divino, el Espíritu único y todo-inclusivo y el Espíritu (págs. 99-101). Tal vez algunos digan que todos estos títulos parecen referirse a lo mismo, pero en realidad se refieren a aspectos muy distintos entre sí. Del mensaje diez al mensaje doce de dicho libro, el hermano Lee procede a hablarnos de los treinta y un aspectos de lo que el Espíritu todo-inclusivo es como bendición de Abraham, la totalidad de la bendición que todo lo abarca: la bendición del evangelio

completo de Dios que viene a nosotros, en Cristo, a fin de realizar la impartición divina en conformidad con la economía divina. Todos y cada uno de estos aspectos son sustanciales y claramente distinguibles. Y todos estos aspectos son facetas de Cristo como simiente de Abraham. Así pues, Cristo fue hecho Espíritu vivificante a fin de impartirse en nosotros como la corporificación de Dios y como vida para que seamos regenerados y transformados, y seamos conformados a la imagen gloriosa del Cristo que es el Hijo primogénito de Dios. Un día, todos nosotros seremos exactamente iguales a esta simiente.

**Cristo es la simiente de David
y, como tal, es el Cristo resucitado,
quien lleva a cabo la economía neotestamentaria de Dios
a fin de que el Dios Triuno procesado se imparta
en los miembros de Su Cuerpo, con miras a que ellos
lleguen a participar de Su reinado en Su resurrección
en el reino eterno**

Cristo es la simiente de David y, como tal, es el Cristo resucitado, quien lleva a cabo la economía neotestamentaria de Dios a fin de que el Dios Triuno procesado se imparta en los miembros de Su Cuerpo, con miras a que ellos lleguen a participar de Su reinado en Su resurrección en el reino eterno (2 S. 7:12-14a; Mt. 22:42-45; Ro. 1:3; Ap. 22:16; Hch. 2:30-31; Mt. 16:16-18; Ap. 20:4, 6). En 2 Samuel 7:12-13 el Señor dijo a David: “Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré tu reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino”. En el caso de David, la promesa era un asunto relacionado con el reino. Por ser la simiente del rey David, Cristo es el sucesor al trono de David. Como tal, Él es el verdadero Salomón. Como la simiente de David en resurrección, Él también es las misericordias firmes a David, conforme al pacto de Dios mencionado en Isaías 55:3. Las misericordias dan origen a la bendición. Dios nos alcanza en Cristo, quien es las misericordias firmes, como la gracia para nuestro disfrute. Así pues, la simiente de David no sólo establece el reino, sino que, además, por ser las misericordias firmes a David, nos permite disfrutar de la gracia.

Cristo es la simiente de David y, como tal, es el Rey, el heredero del trono de David. Es esta semilla la que hemos recibido, y es esta semilla de la cual somos partícipes y con la cual nos mezclamos; ella también

nos hará partícipes de Su reinado en el reino eterno. Esto significa que reinaremos juntamente con Él. La manera en que se hace posible que reinemos juntamente con Él es al ingerir esta semilla. Todos los días, así como tomamos nuestras vitaminas, también debemos alimentarnos con la simiente triple, es decir, con la simiente de la mujer, la simiente de Abraham y la simiente de David. Esto nos salvará de Satanás, del pecado y de la muerte; nos permitirá disfrutar de las inescrutables riquezas de Cristo y hará que podamos reinar juntamente con Jesús. Hermanos y hermanas, comamos esta semilla.

*El gran monte mencionado en Daniel 2:34-35,
el cual representa el reino de Dios que llena toda la tierra,
es la simiente triple en la humanidad, una entidad corporativa
que incluye a todos los creyentes de Cristo*

El gran monte mencionado en Daniel 2:34-35, el cual representa el reino de Dios que llena toda la tierra, es la simiente triple en el linaje humano, una entidad corporativa que incluye a todos los creyentes de Cristo (cfr. Mr. 4:26). En Daniel 2 se nos habla de una piedra cortada no con mano, que desmenuza los pies de la gran imagen. Finalmente, esta piedra crece y llega a ser un gran monte que llena toda la tierra. Esta piedra es Cristo, y el monte es el Cristo corporativo. La piedra es la simiente, y el monte es la simiente corporativa que incluye a todos los creyentes de Cristo.

*Por medio de Cristo,
quien es la simiente triple en la humanidad,
los enemigos son eliminados, la bendición llega a nosotros
y entramos en el reino; ésta es la revelación
que nos presenta la Biblia en su totalidad*

Por medio de Cristo, quien es la simiente triple en el linaje humano, los enemigos son eliminados, la bendición llega a nosotros y somos partícipes del reino; ésta es la revelación que nos presenta la Biblia en su totalidad. En la página 150 del libro *The Central Line of the Divine Revelation*, el hermano Lee dice:

La conclusión acerca de mi estudio de la Biblia es que el Dios Triuno, el Dios completo y eterno, un día llegó a ser la simiente triple en el linaje humano: primero, para destruir a los enemigos de Dios; segundo, para alcanzar Su consumación y llegar a ser la bendición del pueblo

elegido de Dios; y tercero, para establecer el reino como la simiente de David. Así pues, Él vino no solamente para ser la bendición de Sus escogidos, sino también para hacer de Su pueblo elegido un reino. Este reino es el gran monte descrito en Daniel 2:34-35, el cual llenará toda la tierra. El gran monte es la simiente triple en el linaje humano, en la que están incluidos todos los creyentes de Cristo. Todos nosotros formamos parte de ese gran monte.

Así pues, la simiente triple en el linaje humano primero destruyó a todos los enemigos de Dios; segundo, al llegar a ser la consumación del Dios Triuno, Él es nuestra bendición completa y siete veces intensificada; y tercero, hizo de Su pueblo escogido Su reino, el cual llena no solamente la tierra, sino también los cielos, haciendo que todo el universo llegue a ser Su gran reino. Los enemigos han sido destruidos, la bendición llega a nosotros y entramos en el reino. Esta es la revelación de toda la Biblia. ¡Cuán maravilloso es esto!

**GÁLATAS REVELA LA MANERA EN QUE PODEMOS RECIBIR,
EXPERIMENTAR Y DISFRUTAR AL CRISTO TODO-INCLUSIVO
COMO EL ESPÍRITU VIVIFICANTE Y TODO-INCLUSIVO:
LA TOTALIDAD DE LA BENDICIÓN
DEL EVANGELIO COMPLETO DE DIOS,
LA CUAL LO ABARCA TODO**

Gálatas revela la manera en que podemos recibir, experimentar y disfrutar al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo: la totalidad de la bendición del evangelio completo de Dios, la cual lo abarca todo (Gá. 3:14). Existen diez maneras de “ingerir” esta simiente y disfrutarla. Examinaremos más detenidamente este panorama en los siguientes mensajes de este libro.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como Espíritu vivificante y todo-inclusivo
por revelación, o sea, al revelarnos Dios a Cristo
en nuestro ser; vivimos la vida cristiana
conforme al Cristo que hemos visto**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como Espíritu vivificante y todo-inclusivo por revelación, o sea, al

revelarnos Dios a Cristo en nuestro ser. La vida cristiana que vivamos estará en conformidad con el Cristo que hayamos visto (1:16a; Ef. 1:17; Gn. 13:14-18; Ef. 3:8, 19). Pablo es el ejemplo típico y principal de uno en quien Cristo fue revelado. Antes de su conversión, él perseguía a la iglesia, se gloriaba de las tradiciones de sus padres y sobresalía entre sus contemporáneos por ser uno de los líderes más destacados del judaísmo. Un día, mientras iba camino a Damasco le sobrevino una visión celestial; nadie le predicó un sermón ni se esforzó por persuadirlo. Cristo mismo se apareció a esta persona que era celosa de la religión de sus padres e hizo de ella una persona radicalmente distinta, una persona que comenzó a recibir al Cristo todo-inclusivo y empezó a experimentar y deleitarse en Él.

La única manera en que Cristo puede ser revelado en nosotros es al recibir nosotros la vista, la luz, la visión y la revelación necesarias. A Dios le agradó revelar a Su Hijo en nosotros; no obstante, el Hijo no nos es revelado de una vez y para siempre, sino que ello necesariamente deberá ocurrir de manera paulatina y constante. Por ello, debemos ser personas que reciben esta revelación una y otra vez, continuamente, pues se trata de un proceso continuo. El grado en que recibiremos a este Cristo y le disfrutaremos estará determinado por cuánto de Él hayamos visto. Cada día debemos orar: “Señor, quiero ver más de Ti”.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al recibir a Cristo mediante el oír con fe**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al recibir a Cristo mediante el oír con fe (Gá. 3:2). Ciertamente, el oír con fe es de gran importancia. En este contexto, la fe implica creer en Cristo tomando Su persona y Su obra redentora como el objeto de nuestra fe. Cuando el hermano Nee murió, su cuerpo fue incinerado antes de que sus parientes pudieran verlo; sin embargo, sabemos que cuando sus parientes fueron a recoger sus cenizas, uno de los guardas les mostró una pequeña nota manuscrita que Watchman Nee había puesto bajo su almohada, la cual decía: “Cristo es el Hijo de Dios, quien murió para redimir a los pecadores y resucitó después de tres días. Esta es la verdad más grande del universo. Muero por mi fe en Cristo” (*Watchman Nee: Un siervo que*

recibió la revelación divina en esta era, pág. 190). No importa cuánto se nos quiera persuadir o convencer, ninguno de nosotros estaría dispuesto por cuenta propia a padecer y morir por el Señor; sólo el oír con fe puede fortalecernos para que estemos dispuestos a morir como mártires por Dios. Así ocurrió con nuestro hermano y con muchos otros mártires que ahora nos rodean como una gran nube de testigos (He. 12:1). Esta es la fe que necesitamos recibir.

*La fe de los creyentes es el Cristo
que entra en ellos y llega a ser su fe,
haciendo así que su espíritu sea un espíritu de fe*

La fe de los creyentes es el Cristo que entra en ellos y llega a ser su fe, haciendo así que su espíritu sea un espíritu de fe (He. 12:2a; Gá. 2:16; Ro. 3:22; 2 Co. 4:13). ¿En qué consiste la fe? Esta es una gran pregunta. La fe simplemente consiste en recibir a Cristo en nuestro ser; Él llega a ser nuestra fe. La fe no consiste en pensar positivamente, ni en apoyarnos en meras presunciones o fantasías, ni tampoco consiste en emplear nuestra fuerza de voluntad para creer en algo que no podemos ver. La fe es el Cristo que recibimos en nuestro ser y que hace de nuestro espíritu un espíritu de fe.

La fe proviene de oír la palabra

La fe proviene de oír la palabra (Ro. 10:17). La fe proviene del oír, pero no de oír diversidad de cosas, sino de oír la palabra de Dios. En el capítulo diez de Romanos dice que la fe proviene del oír, pero el oír surge a raíz de la predicación, y tal predicación debe proceder de aquellos que han sido enviados. Esta es la razón por la cual todos nosotros debemos ser enviados a proclamar la palabra que producirá fe en los incrédulos. Al respecto, el hermano Lee abrigaba el anhelo profundo de que los jóvenes salieran a predicar. Todos los jóvenes y los que se han graduado del entrenamiento de tiempo completo necesitan asumir la responsabilidad de ir y proclamar la palabra. Cuantos más de nosotros vayamos y anunciemos el evangelio, más serán los que escuchen; y cuantos más escuchen, mayor será la fe que se producirá en los oyentes. Y cuanto más ellos posean esta fe, mayor será la fe que tengan en el Hijo de Dios y mayor será su aprecio por Él, por lo cual entrarán a participar en la economía de Dios, que se funda en la fe. Por ello, debemos ir a las universidades y a muchos otros países a proclamar esta palabra.

*La fe consiste en creer que Dios es y nosotros no;
la fe siempre nos anula y nos revela a Cristo*

La fe consiste en creer que Dios es y nosotros no; la fe siempre nos anula y nos revela a Cristo (He. 11:6; Gn. 5:24; Jn. 8:58; Gá. 2:20). Esta es una definición maravillosa de la fe. Fe consiste en creer que sólo Dios es, y que nosotros no somos. Esto quiere decir que la fe siempre nos anula y, además, nos revela a Cristo. Cuando poseemos fe, arribamos a la conclusión, al reconocimiento, de que nosotros no somos, de que se nos ha puesto fin y que no valemos nada. En esto consiste la fe. Simultáneamente, exclamamos: “Cristo lo es todo. Dios lo es todo. Yo simplemente me entrego a Él, confío en Él, creo en Él, le aprecio, me deleito en Él y le amo”. Esto también es fe.

*Los creyentes son los miembros de la familia de la fe;
la familia de la fe es aquélla que cree en Dios
por medio de Su palabra*

Los creyentes son los miembros de la familia de la fe; la familia de la fe es aquélla que cree en Dios por medio de Su palabra (6:10). Estamos viviendo en la casa de la fe, y somos la familia de la fe. Por ser la familia de Dios, lo que caracteriza a los hijos de Dios es su fe.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al nacer según el Espíritu
y al recibir al Espíritu del Hijo de Dios
en nuestros corazones**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al nacer según el Espíritu y al recibir al Espíritu del Hijo de Dios en nuestros corazones (4:29b, 6). Nótese que no dijimos “al nacer del Espíritu”, sino “al nacer según el Espíritu”. Hay una diferencia entre estas dos frases. Doctrinalmente, la regeneración es instantánea; sin embargo, en la práctica, a menudo es un proceso. Al realizar Su obra de santificación, el Espíritu primero viene a nosotros y opera en nuestro ser “barriendo” en nuestro interior (Lc. 15:8), lo cual hace que nos arrepintamos, invoquemos Su nombre y lo recibamos en nuestro ser. Esto es lo que significa la regeneración. Por tanto, ser regenerados por el Espíritu es algo instantáneo, mientras

que ser regenerados según el Espíritu es un proceso, el cual hace que nuestro ser interior llegue a ser espiritual.

Así pues, nuestra porción es doble. Por una parte, nacemos según el Espíritu, y por otra, recibimos el Espíritu del Hijo de Dios en nuestro corazón. ¡Esto es maravilloso! En Gálatas 4:6 dice: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!”. La mejor manera de recibir la simiente es clamar: “¡Abba, Padre!”, no sólo durante la mesa del Señor sino durante todo el día. Cuanto más hagamos esto, más haremos eco al Espíritu, es decir, más íntima será nuestra unión con el Espíritu del Hijo de Dios.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al revestirnos de Cristo mediante el bautismo,
el cual nos introduce en Cristo**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al revestirnos de Cristo mediante el bautismo, el cual nos introduce en Cristo (3:27). La manera de recibir a Cristo es ser introducidos en Él. Fuimos introducidos en Cristo al ser bautizados en Él. Era necesario que fuéramos introducidos en Cristo, pues estábamos desnudos. Al ser bautizados en Cristo, somos revestidos y cubiertos con Él. Nuestro verdadero vestido es el Dios Triuno procesado y consumado. Hoy en día existen muchas modas en cuanto al vestido, pero el verdadero vestido es el Dios Triuno.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo
todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al ser identificados con Él en Su muerte, de modo que
ya no vivimos más nosotros, sino que es Él quien vive
en nosotros, y la vida que ahora vivimos en la carne,
la vivimos por la fe de Cristo**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al ser identificados con Él en Su muerte, de modo que ya no vivimos más nosotros, sino que es Él quien vive en nosotros, y la vida que ahora vivimos en la carne, la vivimos por la fe de Cristo (2:20).

*Ser identificados con Cristo
significa ser un solo espíritu con Él,
e incluso ser una sola entidad con Él*

Ser identificados con Cristo significa ser un solo espíritu con Él, e incluso ser una sola entidad con Él (1 Co. 15:45b; 6:17; Fil. 1:20-21a). Así pues, no se trata de simplemente identificarnos con Cristo en cuanto a asuntos externos, sino en llegar a ser una sola entidad con Cristo.

*Nos identificamos con Cristo en Su muerte para que
ya no vivamos más nosotros,
sino que Cristo sea quien viva en nosotros*

Nos identificamos con Cristo en Su muerte a fin de que en lugar de vivir nosotros, sea Cristo quien viva en nosotros (Ro. 6:3-4; Gá. 2:20a). No sólo nos identificamos con Cristo sino también con Su muerte, puesto que fuimos bautizados en ambos, en Cristo y en Su muerte. Ahora somos una sola entidad con Cristo en Su muerte. Esta es una maravillosa unión orgánica.

*Llevamos tal vida en Cristo como nuestra fe;
la fe genuina es Cristo mismo, quien se infunde en nosotros
y llega a ser el aprecio que sentimos por Él,
lo cual a su vez es una reacción
al hecho de que hemos sido atraídos a Él*

Llevamos tal vida en Cristo como nuestra fe; la fe genuina es Cristo mismo, quien se infunde en nosotros y llega a ser el aprecio que sentimos por Él, lo cual a su vez es una reacción al hecho de que hemos sido atraídos a Él (v. 20b; 2 Co. 5:14-15; He. 12:2a). Cuanto más aprecio sentimos por lo precioso que es el Señor, más fe tendremos. No deberíamos orar para tener fe. Cuanto más digamos: “Señor dame más fe”, menos fe tendremos. Simplemente debemos decir: “Señor Jesús, te amo. Señor, te aprecio mucho. Muéstrame Tu belleza. Muéstrame cuán precioso eres”. De esta manera, se produce más y más la verdadera fe en nosotros. En la página 157 del libro *The Central Line of the Divine Revelation*, el hermano Lee dice:

Vivir en la fe de Cristo significa que el mismo Cristo que vive en nosotros llega a ser nuestra fe ... Cristo vive en nosotros, y este Cristo que vive en nosotros llega a ser nuestra fe. Es por esta fe, la cual hace que Cristo sea real

para nosotros, que todavía podemos vivir en la carne. Esta clase de vivir consiste en que ya no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros ... Por tanto, la vida de la cual habla Gálatas 2:20 es una vida que es, en todo sentido, Cristo.

Esta es la realidad de la vida cristiana. Muchos cristianos, especialmente los que procuran la vida interior, han escrito respecto a Gálatas 2:20. Sin embargo, la luz respecto a cómo vivir a Cristo nunca ha iluminado con tanta intensidad como ahora. “Ya no vivo yo, mas ... Cristo” vive en mí, y esto se lleva a cabo en fe, la cual es el propio Cristo que mora en nosotros.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante
y todo-inclusivo, al vivir y andar por el Espíritu**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al vivir y andar por el Espíritu (5:16, 25). Vivir por el Espíritu equivale a que todo nuestro ser sea regido por el Espíritu. Como ya dijimos anteriormente, la manera de recibir el Espíritu es clamar: “¡Abba, Padre!”. El hermano Lee nos decía con frecuencia que la manera de vivir y andar por el Espíritu es invocar el nombre del Señor: “¡Señor Jesús, me vuelvo al Espíritu. Señor Jesús, elijo andar por el Espíritu!”. Muchas veces no estamos en nuestro espíritu, pero cuando invocamos: “Señor Jesús”, inmediatamente tenemos la sensación de haber retornado al espíritu de una manera muy concreta. Sentimos que estamos de nuevo con el Señor y que andamos regidos por Él, quien es el Espíritu. No solamente hemos recibido las revelaciones más elevadas, sino que también nos han sido dadas las prácticas más maravillosas.

**Recibimos, experimentamos
y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al permitir que Cristo sea formado en nosotros,
lo cual va acompañado de dolores de parto**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al permitir que Cristo sea formado en nosotros, lo cual va acompañado de dolores de parto (4:19).

*El que Cristo sea formado en nosotros
depende de que seamos transformados;
a medida que somos transformados
y Él va siendo formado en nosotros,
vamos siendo conformados a Su imagen*

El que Cristo sea formado en nosotros depende de que seamos transformados; a medida que somos transformados y Él va siendo formado en nosotros, vamos siendo conformados a Su imagen (2 Co. 3:18; Ro. 8:29). El que Cristo sea formado en nosotros se relaciona con nuestra transformación. Hay una pequeña diferencia entre estas dos cosas. Cristo es formado en nosotros mediante un proceso interno, mientras que la transformación no sólo se lleva a cabo en nuestro interior, sino que también produce una expresión externa. Si no somos transformados, Cristo no puede ser formado en nosotros. Estas dos cosas van juntas. Cuanto más se forma Cristo en nosotros, más somos transformados, y cuanto más somos transformados, más se forma Cristo en nosotros. Finalmente, esto hace que seamos plenamente conformados a Su imagen.

*El que Cristo sea formado en nosotros equivale
a que las tres partes de nuestra alma
(la mente, la parte emotiva y la voluntad) sean renovadas*

El que Cristo sea formado en nosotros equivale a que las tres partes de nuestra alma (la mente, la parte emotiva y la voluntad) sean renovadas (12:2; 2 Co. 4:16). Ser renovados significa que el yo y el mundo han sido removidos de nuestra mente, de nuestra parte emotiva y de nuestra voluntad, y han sido reemplazados con Cristo. Cristo debe invadir la totalidad de nuestro ser, toda nuestra alma, para expulsar el yo y el mundo y reemplazarlo con Su forma e imagen. Esta es la manera de ser renovados.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al sembrar para el Espíritu,
teniendo presente el deseo y el propósito del Espíritu,
a fin de realizar lo que el Espíritu desea**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo

como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al sembrar para el Espíritu, teniendo presente el deseo y el propósito del Espíritu, a fin de realizar lo que el Espíritu desea (Gá. 6:7-8). En términos sencillos, toda nuestra vida consiste en sembrar. Y hemos de cosechar lo que sembramos. Aunque Cristo mora en nuestro ser, muchas veces no sembramos para el Espíritu; en lugar de ello, sembramos con miras a nuestros propios deseos. Debemos sembrar con miras a satisfacer los deseos del Espíritu y lograr los objetivos del Espíritu. En esto consiste vivir a Cristo.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al gloriarnos en la cruz de Cristo
y al vivir en la nueva creación**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al gloriarnos en la cruz de Cristo y al vivir en la nueva creación (vs. 14-15). El versículo 15 dice: “Porque ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación”. No debiera importarnos si somos religiosos o no, lo que importa es si somos una nueva creación. La manera en que nosotros podemos vivir en la nueva creación es gloriarnos en la cruz de Cristo. Nos gloriamos en el hecho de que hemos sido aniquilados y que ahora vivimos únicamente en resurrección.

**Recibimos, experimentamos y disfrutamos
al Cristo todo-inclusivo
como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo,
al disfrutar la gracia de nuestro Señor Jesucristo,
la cual está con nuestro espíritu**

Recibimos, experimentamos y disfrutamos al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo, al disfrutar la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la cual está con nuestro espíritu (vs. 17-18). Esta es la manera consumada de recibir, experimentar y disfrutar al Cristo todo-inclusivo, quien es el Espíritu vivificante y todo-inclusivo. Debemos memorizar las diez maneras de recibir, experimentar y disfrutar al Cristo todo-inclusivo como el Espíritu vivificante y todo-inclusivo. ¡Alabado sea el Señor por esta maravillosa vista panorámica que Él nos ha proporcionado!—M. C.